

# El Amigo del Pobre

FRANQUEO  
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 8.000 EJEMPLARES

FRANQUEO  
CONCERTADO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN — (Pagos adelantados)

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » » 5 » » »	
500 » » » » » 25 » » »	
1000 » » » » » 50 » » »	
Paquetes, sin suscripción de 100núms. 2 ptas.	
Incluidos gastos de correo, sin certificar.	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros cómo Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

## ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería «La Escolar», Corrida 73, y en el comercio «La Epoca» San Bernardo 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

## Los avanzados

En los meses, y aun en los primeros años que siguieron á la revolución de Septiembre de 1868, cundió por ciudades, villas y aldeas una calenturilla (calenturón en algunas partes), que todos á más y mejor disparataban á fuerza de exagerar.

La libertad se nos había subido á la cabeza á los primeros sorbos. Un Ayuntamiento abolió por sí y ante sí los cánones del Concilio Tridentino; muchos pobres soñaban con el pronto repartimiento de los terrenos *de propios...* y aun *de extraños*; Castelar, el famosísimo orador, afirmaba en la Lonja de Sevilla que decir *república federal* era lo mismo que decir *miel sobre hojuelas*; y cada ciudadano, porque entonces no había aldeanos, villanos ni campesinos, y éramos ciudadanos todos, para poder darnos por aludidos cuando algún patriota cantase

*Aux armes, citoyens...*

cada ciudadano, digo, se creía capaz de arreglar el mundo en un periquete.

No se tenía por lerdo, á buen seguro, el tío Antón, arriero, vecino de uno de los pueblecitos que rodean á Sevilla. Aunque no era muy *leño* ni *escrebío*, había servido al Rey, quiero decir, á la Reina — ¡bien que le pesaba! — y aun anduvo su nombre en boca de su teniente sobre si habían ó no habían de darle los galones de cabo. En cuanto á republicano, éralo más que Sixto Cámara, como él decía. ¡Apenas si pensaba nuestro hombre en *la niña*, en la República!

Justamente iba pensando en ella al salir detrás de sus desmedrados jumentos por la calle de San Jacinto, de Triana, cuando apuntaba el sol de una mañana de Marzo. Era la hora de «matar el gusanillo», y para matarlo, entró en una taberna que halló al paso, no sin librar antes al *liviano* del peso de unas alforjas en que llevaba la comida y un corte de vestido para su mujer.

—Más vale un por si acaso que un quien pensara—dijo á media voz.

Pidió media copa, procurándose jun-

to al mostrador un sitio, cosa que le costó algún trabajo, porque la tabernilla estaba llena de gente. Un zapatero remendón de la vecindad, orador callejero de gran fama en el barrio, estaba en el uso de la palabra.

—La república española—decía—tié que ser unitaria: no hay que darle güertas. Pensá en la federá es pensá en que cá provinsia y cá pueblo se esapegue é los demás, y ya entonses España no es España.

—¿Qué está usted disiendo, criatura? —interrumpió indignado el tío Antón, mientras le echaban otra media copa—. Usted, por lo visto, es un ultramontano como una casa. Yo avanso más: la república tié que sé federá; cá provinsia es una república chica y toas juntas jansen una república grande. Pos si no, ¿qué es la artonomía? Vamos á vé, ¿qué quié isir artonomía?

—Esa es la chachi—jaleó uno de los circunstantes, muchachote larguirucho y desarrapado que iba para torero bebiéndose, de camino, la media copa que para el tío Antón habían echado.

Este reparó en ello, pero se dió por indemnizado con la lisonja, pidió otra media copa y preguntó al zapatero, que estaba un tanto mohino:

—Entonses, ¿cómo creará usted que deben jaserse los casamientos?

—¡Mía qué salía!—respondió desdeñosamente el remendón—. ¡Ni que isir tiene! Por lo seví y ná más que por lo seví.

—¡Cuando digo que está usted enterao!—repuso burlonamente el tío Antón.—¡Ni por lo seví ni por lo carabinero! Yo avanso más. En ajuntándose cá uno con cá una ¿pa qué más serimonias? Yo te acomoo, tú me acomoo, y ¡en paz!

—¡Valiente cacho é bruto está usted, compare—dijo el zapatero metiendo á barato la controversia.

El tío Antón echó mano á la vara. Hubo palabras gordas y cachetes no menudos, y fué necesario andar á chiquitos míos para poner paz entre los dos ciudadanos.

Quedaron, al fin, solos el tabernero y el tío Antón, pagó este su aguardiente

y parte del ajeno, fué á coger las alforjas que por su cuenta estaban al pie del mostrador, y... ¡el sitio!

—¡Esta sí que es güena!—exclamó cariacontecido.—¡Me han quitado las puñaleras arforjas!

Y el tabernero repuso con socarronería:

—A tó hay quien gane, tío Antón. Usted avansa mucho; pero ese que se ha yevao las arforjas, ése avansa entoavía más.

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

## Lo que no hacemos nosotros

Vergüenza puede darnos confesar que en España nación católica, no se atrevería ningún gobernante á pronunciar el discurso siguiente, del Emperador de Alemania, dicho por él hace pocos días, al visitar el convento de Benedictinos de Beuron.

Contesta Guillermo II al abad que le saluda y le dice:

«Venerable abad:

Yo le agradezco vivamente las amistosas palabras con que me ha saludado y me complace de la ocasión que se me ofrece de visitar á su Comunidad, y de expresarle mi benevolencia.

Desde el principio de mi reinado fué preocupación mía apoyar á los Benedictinos en su propaganda, porque había observado que, en cuanto ellos podían influir, no se distinguían solamente en mantener en alto los principios religiosos, sino también en ser cultivadores de las artes y de la ciencia en el campo eclesiástico, complaciéndose en tan importante labor. Y lo que yo espero de vosotros es que, marchando sobre las huellas de vuestros predecesores, ayudéis á mis esfuerzos, los más intensos, para conservar en el pueblo los sentimientos religiosos. Esto es ahora tanto más necesario cuanto que el siglo XX propaga opiniones contra las cuales sólo se puede luchar con la *ayuda de la Religión y del Cielo*. Esta es mi firme opinion.

La corona que yo ciño sólo será signo de felicidad si se funda sobre la palabra y sobre la persona del Señor.

La Cruz que yo he donado á esta iglesia quiere significar, como está escrito, *que un Gobierno de principios cristianos sólo puede ser conducido según los dictados de Dios*, y que ellos deben favorecer el sentimiento religioso innato en el pueblo alemán, y acrecentar la veneración por el Altar y el Trono, que

están indisolublemente unidos y no pueden ser separados,

Por esto yo apoyo vuestros esfuerzos y quiero concederos, como os he concedido hasta aquí, mi gracia y mi protección.»

Ejemplo es este de gran valor, por la persona que lo dá, al cual no se le puede tachar ni de clerical ni de retrógrado, y no es sólo en esta ocasión cuando ha demostrado el Emperador Guillermo su amor á las Ordenes religiosas y su reconocimiento al favor de Dios, sino que en otras muchas ocasiones ha demostrado la grandeza y altura de miras que embargan su corazón.

He aquí otra prueba reciente, proporcionada el 30 de Noviembre último. Al inaugurar la Escuela Politécnica de Breslan decía el Emperador.

«Los que aquí enseñen, dirijan siempre su mirada hacia Dios Nuestro Señor, con santa serenidad. Los que aquí aprendan, tengan conciencia de que están destinados á servir de guías al pueblo en el terreno económico y social y á darle ejemplos de sacrificios por el Rey y por la Patria.

El trabajo realizado por el interés común es único trabajo aprovechable, y á este género de trabajo es al que se consagra este Instituto.»

Y volvemos á preguntar. ¿Qué dirían los amantes del pueblo, los sabios de aquí, si alguno de nuestros gobernantes se atreviera á hacer tan justas y tan nobles declaraciones?

Y no son sólo los gobernantes. El pueblo sigue la misma orientación. Véanse las siguientes líneas que publica un periódico de esta semana refiriéndose á Alemania.

De día en día aumenta considerablemente el número de católicos en esta nación protestante; en Berlín hay unos 350.000, los que á fuerza de sacrificios han sostenido el culto.

En el año 1868 solamente había en la citada capital dos templos católicos, y en la actualidad existen unas cuarenta parroquias, algunas de las cuales cuentan con más de 20.000 almas.»

Ahora bien; nosotros los españoles á pesar de combatir las Ordenes religiosas y renegar algunas veces del Dios único y verdadero y de arrancarlo del corazón del pueblo ¿valemus más que Alemania? ¿Prosperamos más que Alemania? ¿Somos más temidos que Alemania? ¿Está mejor nuestro pueblo?

Bien merece que meditemos asunto tan serio y transcendental.

## Una hija heroica

Un día, en una instrucción familiar, dijo un sacerdote estas palabras:— «Queréis convertir á una familia? Poned en medio de ella un alma que sepa sufrir.—¿Queréis volver á Dios un alma que es querida? Sufrid por ella.»

Estas palabras fueron escuchadas por una niña del pueblo que acababa de hacer su primera Comunión. De qué modo pudo comprenderlas, es un secreto de Dios.

La pobre niña había visto muchas veces llorar á su madre, y se sonrojaba de vergüenza cuando por la noche, casi todas las noches, veía entrar á su padre embrutecido por el vino.

El día en que le fué revelada la virtud del sufrimiento, abrazó á su madre con una efusión de ternura que hizo estremecer á la esposa despreciada, y le dijo:—Madre mía, estad contenta; muy pronto dejará mi padre de haceros llorar.

Al día siguiente, en la comida del mediodía, única que reunía á la familia,

la niña comió la sopa y un trozo de pan y rehusó todo lo demás.

—¿Estás mala?—dijo la madre asustada.

—No, madre.

—Come, pues—dijo el padre.

—Hoy no, padre.

Creyeron que era un capricho, y quisieron castigar á la niña dejándola con su antojo.

Por la noche, el padre volvió ébrio como todos los días, y la hija, que estaba acostada, pero que no dormía, le oyó blasfemar y se echó á llorar. Era la primera vez que la blasfemia le arrancaba lágrimas.

Al día siguiente, como el anterior, rehusó durante la comida todo alimento, excepto pan y agua.

La madre se inquieta, y el padre se enfada.

—Quiero que comas—dijo él encolerizado.

—No—respondió la niña con firmeza, —no, mientras os embriaguéis, mientras hagáis llorar á mi madre, mientras blasfeméis, se lo he prometido á Dios, y quiero sufrir para que El no os castigue.

El padre bajó la cabeza. Por la noche entró tranquilo y la niña estuvo encantadora de alegría, de gracia y de apetito.

Pero el hábito arrastró todavía al padre, y el ayuno de la niña volvió á empezar. Esta vez el padre no se atrevió á decir nada, solamente se vió rodar una gruesa lágrima por su mejilla y dejó de comer; la madre también lloraba; sólo la niña permaneció tranquila.

Entonces el padre, levantándose y estrechando entre sus brazos á su hija, la dijo:

—Pobre mártir, ¿vas á obrar siempre de ese modo?

—Sí, padre, hasta que me muera ó vos os hayáis convertido.

—Hija mía, hija mía, ya no haré llorar más á tu madre.

## CEBO

Con que se engaña á los hombres

Al noble con vanidad,  
al soberbio con grandeza,  
al mercader con limpieza,  
al pobre con voluntad;  
al rico con alabanza,  
al ministro con secreto,  
con lisonjas al discreto,  
al triste con esperanza;  
con aplauso al liberal,  
al avaro con desdén,  
al casto hablándole bien,  
tratando al lascivo mal;  
y al necio.... pero con nada  
se puede hacer de él aprecio,  
porque no ha de darse al necio  
más que la paja y cebada.

CALDERÓN.

## Jesucristo

«¿Tanto tiempo con vosotros y aun no me habéis conocido...?» (S. Joan XIV—9)

Terminaba el artículo anterior diciendo que de dos maneras considerariamos á Jesús, á saber; en si mismo y con relación al hombre. Con respecto á lo primero afirmamos desde luego y probaremos despues, que Jesús es Dios.

No es mi intento hacer una larga demostración de la divinidad de Jesucristo, que sobre ser innecesaria, fatigaría al lector, sino emitir tan solo algunas ideas que, sin ese inconveniente, sean lo bastante para llevar al ánimo del obrero (á quien principalmente van dirigidas) la convicción sobre tan importante materia, que es sin duda, como se verá despues, el fundamento de nuestra sacrosanta Religión.—Obligado á vivir el obrero por sus necesidades materiales en un ambiente que lejos de robustecer su fe, tiende á debilitarla sino se la arrebatara por completo, ha menester, para conservarla, de alguna noción, siquiera, de los fundamentos en que aquella se apoya; razón que es más que suficiente para justificar mi propósito.

Y ¿por qué no decirlo? Lo que me propongo es oponer afirmaciones católicas á las blasfemias heréticas contra Jesucristo, de cierta prensa, que habla del Sér más benéfico para la Humanidad como si se tratase del hombre más funesto y abyecto de cuantos por su perversa conducta fueron indignos del calificativo de hombres. ¡Ah! Vosotros todos los que blasfemáis de Cristo estampando en el folleto ó en las columnas del periódico horribles insultos contra la persona adorable de Jesús, detenéos; poned freno á vuestra lengua, y no sigais los impulsos de la pasión, sino los dictados de una razón serena y comprenderéis bien pronto que nada puede haber más amable ni más acreedor á la consideración del humano linaje, que ese Ser adorable.

Antes de demostrar directamente la divinidad del Salvador conviene asentar, á guisa de prenotandos, algunas afirmaciones, de las cuales sea la primera: Jesucristo es la figura más extraordinaria que registra la Historia.

En efecto; no se había dejado ver aún en la tierra, en el largo discurso de cuarenta siglos transcurridos antes de posar en ella sus benditas plantas, Jesucristo era ya conocido esperado y amado de su pueblo; el cual tenía fijos en El los ojos desde mucho antes de su nacimiento; y cuantos durante ese tiempo de expectación dejaron de existir, creyeron salvarse por la fé en ese Salvador que había de venir, así como las generaciones que le siguieron creyeron (y lo creemos los cristianos) alcanzar su salvación por el mismo Salvador ya venido. Viniendo á ser Jesucristo como el sol en medio del firmamento, que reparte por igual sus benéficos rayos entre el horizonte recorrido y el que aún le falta por recorrer, bañando de hermosa luz los seres que de él participan; y por la luz de calor y de vida. Es decir: Jesucristo mucho antes de vivir en la tierra vivía ya en las inteligencias; y ahora y siempre continuará viviendo á través de todos los tiempos, sin que las más violentas persecuciones ni las revoluciones todas juntas puedan extinguir la fé cristiana, que podrá ser detenida en su curso, pero luego surgirá más pujante vivificando los espíritus pusilánimes y atemorizados por la borrasca; no de otra suerte que el torrente impetuoso algún tiempo detenido se desborda con nuevas fuerzas, fecundando las tierras que encuentra á su paso y llenándolas de verdor y de frutos.

Para convencerse de esa vida de Cristo en las inteligencias no hay más que apelar á la Historia. Ella nos dice que á la venida de Jesucristo había una expectación general sobre el Reparador de la Humanidad que por aquel entonces debía de venir, de la cual se hicieron eco los hombres más célebres en la república de las letras de aquellos tiempos. (1)

(1) Cicerón, Virgilio, Tácito, Josefo...

Lo que demuestra que dadas las relaciones del pueblo romano y otras con el de Israel, tenían conocimiento de la *esperanza* del futuro Mesías abrigada por el pueblo judío, la cual era tan viva que había cundido, más ó menos envuelta en sombras, por todos ó casi todos los pueblos de la antigüedad. Esta *esperanza* del pueblo israelita se fundaba en un sinnúmero de profecías, que tenían por objeto al Cristo que aguardaban, señalando unas el número de los años que para tan feliz acontecimiento debían transcurrir, con otras circunstancias, como la de que sería muerto por su propio pueblo, que ya no sería más su pueblo. (Daniel) otras, el lugar de su nacimiento Belén; (Mich) otras, como la de Isaias, que nacería de una Virgen; que *sería Dios con nosotros*; con tantas otras circunstancias referentes á la vida y muerte del Mesías, que bien merecen llamarse un ver adero *Evangelio anticipado*, como con razón lo ha sido la profecía de Isaias escrita, como las demás, muchos siglos antes de Cristo.

Todo esto, juntamente con el hecho de ser el Autor indiscutible del Cristianismo, fenómeno por demás portentoso y depositario de la moral más pura, según confesión de sus propios enemigos, hace de Jesucristo el hombre sin igual en la Historia.

E. NICIEZA, Pbro.

## Inversión

de los <b>256.000</b> números de EL AMIGO DEL POBRE durante el año de 1910 (21.500 más que el año de 1909).	
A los Sres. suscriptores de la localidad y de fuera.....	178.100
Distribución gratuita por las calles.....	20.000
A Industrias y sociedades obreras, por suscripción y gratuitos.....	34.240
Escuelas de Adultos y Catecismos.....	6.500
Hospitales y Cárceles.....	4000
Conferencias de San Vicente.....	8000
Cocinas Económicas.....	2.500
A los militares con motivo del extraordinario de la Purísima Concepción.....	2.300
Para la colección.....	360

## Buena lección

Los Padres Jesuitas tienen en Tortosa un Observatorio astronómico que indudablemente es de los mejores que en Europa existen. No se ha pedido para ello, ni es fácil tampoco que tenga, ninguna subvención del Estado.

Este subvencionaba el célebre Observatorio de Manila, dirigido por el Padre Faura, cargo que últimamente desempeñaba el ilustre catalán Padre Ricardo Cirera.

Cuéntase que cuando los americanos entraron en aquella plaza, el jefe superior, admirado de los grandes servicios que prestaba el Observatorio, le dijo al Padre Cirera:

—¿Contaban ustedes con una fuerte subvención en España, eh?

—Con 25.000 pesetas

—¿Mensuales?

—Anuales.

Pocos días después de tenida esta conversación, recibió el Padre Cirera del Gobierno americano un cheque de 50.000 francos, avisándole además que cada trimestre podía disponer de igual cantidad.

—¡Horror! exclamarán los sectarios de por acá. ¡El Gobierno de la República norteamericana protegiendo de ese modo á los Jesuitas!

Y en efecto, eso era favorecer el clericalismo de vergonzosa manera; pero también es posible que fuera más vergonzosa para nosotros la lección del Gobierno yanqui.

## Charla

—¡Malo!... ¡¡malo!!...

—¿Malo por qué?

—Te veo salir del Monte de Piedad y eso me huele á necesidades apremiantes... á empeños...

—O á imposiciones en la Caja de Ahorros.

—¿Tú imponer con el jornal que tienes? No me hagas reír que *se me van á desencajar las quijadas*.

—Todo lo que invertimos nosotros en los chigres bebiendo y más bebiendo, pudiéramos ahorrarlo, y á fin de año escuso decirte.

—Si, á fin de año estaríamos mejor de salud y gastaríamos automóvil.

—No exageres la nota y vente á razones. Que el tanto beber nos perjudica á la salud y á la moral no cabe duda, y que, guardado ese dinero, ya que á nuestras familias nos empeñamos en negarlo, en un rinconcito seguro de nuestras flaquezas y más si ese *rinconcito* da intereses, á fin del año nos encontraremos con *algo respetable* no es de dudar tampoco.

—Te tengo miedo, Lucas, tú estas inficionado de las ideas clericales.

—Si eso pregonan los clericales benditos sean.

—Lo que dije; bendices y todo... sacristan completo.

—Bromeando así no se va á nada práctico; yo lo que te digo es que por una feliz casualidad en medio de mis apuros utilicé el Monte de Piedad y utilizándole le conocí á fondo y conociéndole le amé y le amo como decidido, franco y seguro protector del pobre. Empeñé en cierta ocasión en el Monte una chaqueta mía de abrigo para dar pan á mis hijos, y me dieron por ella lo que no me hubiesen dado en esas casas de préstamos donde se cobra á real por duro al mes.

—Verdaderamente que en las casas de préstamos se explota bien á la miseria, eso lo se yo por experiencia.

—Pues bien, aquí una vez empeñada la prenda te cobran al desempeño un módico interés tan módico que no significa carga de ninguna especie. Pero á mi me ocurrió otra cosa. Cuando menos lo esperaba me encontré con que se me devolvía la chaqueta que ya la iba necesitando por estar frío, pero que no tenía cuartos para sacarla, y se me devolvía gratuitamente porque el Monte de Piedad, más atento siempre á la caridad con el pobre que al negocio del dinero, quiere hacer esas donaciones á los que por poco dinero tienen prendas de abrigo ó ropa blanca empeñadas.

—¡Chico, chico.—yo no sabía de ese choyu...

—Es que tú, como yo antes, no lees más que aquello de «guerra al burgués y al clericalismo» gritos con los que nos embabucan nuestros explotadores.

—Bueno, bueno, déjate de meterte en *el sagrado de las conciencias* y sigue.

—Las verdades escuecen, amigo.

Pues como te iba diciendo, me encontré por la magnanimidad del Monte con la chaqueta gratis. Este acto me hizo cobrar cariño á esos señores del Monte de Piedad que así cuidan de nuestras necesidades, y todavía más tengo que decirte. Mi chico Antonio, le entró la manía, yo así entonces la llamaba, de juntar perras para invertirlas en esos sellos de Ahorros que también facilita el Monte, y yo veía que esto era un bien para mi rapaz porque á la par que le quitaba de gastarse los cuartos en golosinas ó en jugarlos, que de todo había, le daba por el ahorro. Esta afición del chico se me contagió, y en mi afán de completarle pesetas y luego duros fuimos él y yo subiendo y privándonos insensiblemente de lo que antes nos dañaba. En verdad que el ahorro es una virtud...

—Pero una virtud clerical.

—Vuelvo á decirte que te dejes de tonterías y comprendas la razón. Dime, hasta en mí físico ¿no he mejorado mucho?

—Sí... ahora... no andas tan... facho-su como antes.

—Sí tú siguieras mis consejos te pasaría otro tanto.

—No puedo; al pasar junto á un chigre todas las ideas alcohólicas se me alborotan pidiéndome libertad y acción.

—¡Qué lástima de hombre!

—Yo moriré en el Hospital ó iré á parar con el tiempo á las Hermanitas...

—Establecimientos clericales ¿Por qué no te acoges, cuando para nada sirvas, á los de los tuyos?

—¿Dónde los hay?

—¡Y aun no te desengañas!

—Cuéntame más del Monte que parece como que en él veo, mi salvación.

—¡Ojala fuese cierto! Pues te diré que la suerte vino á favorecerme más todavía, como si se empeñara en llevarme por el camino del bien.

—¿Qué fué ella?

—En el sorteo de premios á las libretas de la Caja de Ahorros me tocaron el año pasado 25 pesetas...

—¡Demontres! ¡Demontres!... Con-fabulación clerical para atraerte á su campo.

—¡Ja, ja, ja! qué personalidad se llevaban.

—Bueno, chachu, pues ¿sabes lo que te digo? que yo ahorrar no ahorraré porque no puedo mientras haya chigres en el mundo, pero siempre miraré con buenos ojos al «Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Gijón.»

—Pudieras no, siendo él el emparo de los pobres.

## LA LIBERTAD

Aprended primero qué es la libertad antes de tomar su nombre por divisa. No sólo que tú no seas siervo de otro, sino que ninguno lo sea tuyo. Quien trae siempre la libertad en la boca, suele tener ajeno de ella el corazón.

